

UNA DE LAS GRANDES AVENTURAS

El agua estaba helad, era como si me clavaran mil púas por todo el cuerpo, como pude, nadé los 4 metros que me separaban del otro lado de aquel fatídico arroyo. Al llegar, y con los nervios a flor de piel, no había calculado el mejor sitio para salir del agua y escapar. Me agarré a una rama y rodilla al suelo escapé del agua, todavía me quedaba metro y medio de ladera embarrada donde se me hundían a los pies hasta el tobillo y se me presentaba imposible levantar la pierna en cada paso, todo aquello con aquella carga que llevaba encima, que me hizo mucho más difícil la engorrosa operación. No podía perder tiempo, no sé cómo lo hice pero salí a aquella pequeña parcela con verde sembrado y dos perreras llenas de carnes que al verme se pusieron a ladrar como locos. Pronto corrí hacia la puerta, pero una impecable valla repleta de pinchos y un candado bloqueaban la salida, en aquel momento un atronador trueno resonó como un mal presagio para una situación que ya de por sí se estaba poniendo oscura.

Aquel despreciable viejo me seguía, y no sé cómo, pero logró cruzar el arroyo un poco más abajo y, alertado por los perros, venía directo hacia donde yo estaba. Miré hacia todos lados, y vi un montón de leña apilada junto a una pared y creí que sería un buen sitio para esconderme, y justo al acercarme se abalanzo hacia mí un perro tan grande como un caballo. A retroceder caí de espaldas, aquel perro se quedó a centímetros de mí, retenido por una cadena que en aquel momento me salvó la vida. No tuve segundos que perder recuperándome de aquel estupor, así que recogí el saco e intenté encontrar otra solución con aquel hombre armado con una escopeta pisándome los talones.

Decidí volver hacia el arroyo, y quizás cruzarlo de nuevo pero ya estaba tiritando de frío y no era la opción que más me apetecía. A la derecha, tras un olivo apareció lo que buscaba, era una de estas vallas alambre de púas de un metro de alta, con palos deformes aguantándolos. Entre los alambres había un hueco suficiente para pasar, así que corrí hacia allí, no sin antes mirar hacia aquel hombre que acababa de abrir el candado que antes vi cerrado y corría hacia mí. Me hice un corte en la pierna y otro en la espalda, no podía lamentarme, por fin desde allí, encontré la salida al camino.

Tenía que pensar rápido, si volvía al camino tendría que correr mucho para que no me alcanzara, y con aquel saco, me iba a suponer un esfuerzo doblemente duro, pero no pensaba soltarlo, por eso estaba en

esa situación, era la causa por la que estaba corriendo para salvar la vida y no pensaba dejarlo allí por nada del mundo, era el saco o yo. Al mirar al frente, tras el camino conocí aquel árbol, y a unos cien metros estaría la entrada de aquel famoso y lúgubre túnel que nunca antes me había atrevido si quisiera a acercarme a él, pero ya no me quedaba otra opción, en aquel punto ya no sentía frío, ni dolor, y el miedo había sido tan exagerado, que acabó por volverse temeridad y locura.

Lo más rápido que pude corrí entre zarzas y arbustos hasta aquel túnel. Sin querer hacer ruido, yo escuchaba cada rama que se rompía, cada hoja que rozaba, cada expiración para coger de nuevo el aire que tanta falta me hacía... y me parecía lo más estruendoso del mundo. Solo paré al llegar a la entrada, mirando atrás y comprobando que había despistado a aquel repelente ser que me perseguía, dudé si debía entrar en el túnel o esperar allí escondido a que se fuera mi cazador y poder volver a salir al camino.

El túnel no medía más de un metro y medio de diámetro, y se adentraba en la tierra por cientos de metros hasta una salida realmente incierta, pero la tenía, hubo gente que lo atravesó antes que yo, fue cuando volví a sentir miedo. Recordé que, aunque unos pocos lo lograron, muchos más habían muerto intentándolo, y allí seguían sus cadáveres, pudriéndose entre las ratas y dios sabe que más escondería aquel desafortunado lugar.

Había decidido no entrar, pero justo un rayo cruzó mi cuerpo al ver al viejo a tres metros de mí maldiciéndome y apuntándome con su escopeta. Sin pensarlo me adentré en aquel agujero infernal, agachado y sin ver absolutamente nada mientras avanzaba con una mano al frente y la otra aguantando el saco, que iba perdiendo la mercancía por una raja que le causó la valla de pinchos y que era la que había ido dejando un rastro fácil de seguir para aquel vengativo señor.

No me di cuenta de que mi carga era cada vez menor hasta la mitad del túnel, donde me paré a escuchar si alguien venía detrás. Comprobando que no se oía nada, y tapando la raja del saco seguí caminando unos minutos más hasta la salida, pensando en lo decepcionante que había sido aquel túnel tras no encontrar nada excepcional, quizás iba demasiado rápido y a oscuras...

A la salida había que trepar por un muro de hormigón y una valla metálica deformada que la coronaba, pero unos escombros muy bien colocados para tal efecto me proporcionaron una escalera casi perfecta hasta la valla hundida por ese tramo.

Mucha gente ha tenido que salir pudriéndose entre las ratas y dios sabe que más escondería aquel desafortunado lugar.

Caminando tranquilo y a salvo, entrando en la primera calle del pueblo, oí una moto tras de mí, y que sorpresa al ver que era el que menos debía de ser. Eché a correr de nuevo, o lo intenté, porque a la primera zancada resbalé haciéndome una gran herida en la rodilla y perdiendo casi todo lo que me quedaba en el saco. Lo recogí velozmente y al segundo intento, corrí hasta mi casa, cojeando y con un frío que jamás antes había sentido en mi vida.

Y ya por fin llegué, mi casa, mi fortín impenetrable, la seguridad máxima, la confirmación de que todo había acabado, con los zapatos para desecho, la camisa y los pantalones rajados y llenos de barro y con una pulmonía que sufrí durante varios días después.

Alguien llamó a la puerta con intensidad, y yo que había corrido sin que nadie me viera hasta el patio, me quedé allí callado, sentado en la escalera, pero segundos después la puerta se abrió.

No sé cómo pudo encontrarme, el pueblo era mi territorio y logré despistarlo con facilidad. Puede que siguiera mi rastro de barro, o quizás

por ahí para que esto esté así, me dije, y salté para salir de allí hasta un campo de higueras bastante enfangado en el que me volví a hundir los, ya de por sí, mojados zapatos.

Caminando tranquilo y a salvo, entrando en la primera calle del pueblo, oí una moto tras de mí, y que sorpresa al ver que era el que menos debía de ser. Eché a correr de nuevo, o lo intenté, porque a la primera zancada resbalé haciéndome una gran herida en la rodilla y perdiendo casi todo lo que me quedaba en el saco. Lo recogí velozmente y al segundo intento, corrí hasta mi casa, cojeando y con un frío que jamás antes había sentido en mi vida.

Y ya por fin llegué, mi casa, mi fortín impenetrable, la seguridad máxima, la confirmación de que todo había acabado, con los zapatos para desecho, la camisa y los pantalones rajados y llenos de barro y con una pulmonía que sufrí durante varios días después.

Alguien llamó a la puerta con intensidad, y yo que había corrido sin que nadie me viera hasta el patio, me quedé allí callado, sentado en la escalera, pero segundos después la puerta se abrió.

No sé cómo pudo encontrarme, el pueblo era mi territorio y logré despistarlo con facilidad. Puede que siguiera mi rastro de barro, o quizás me había reconocido, aunque yo había tratado de tapar mi cara con un pañuelo cuando nos encontrábamos.

Todo el miedo que había sentido antes de ese momento se hizo diminuto cuando se cerró la puerta dejando fuera a aquel hombre y, resonando como un volcán, una voz pronunció perfectamente mi nombre a más decibelios de los que un tímpano normal podía soportar.

Me quedé castigado dos semanas, una por el robo a aquel hombre, y otra por la ropa. A parte de la paliza que me dio mi madre, y la que me dio mi padre, que no hay que menospreciar ninguna de ellas. Pero ahí estaba yo, sobreviviendo a todo aquello, y con mi premio, las dos naranjas que sobrevivieron a la aventura, que me causaron la mayor de las sonrisas tras las lágrimas y el llanto que asediaban mi cara. Sin moraleja y sin nada.

Hay que decir que, de las dos semanas de castigo, no cumplí más de tres o cuatro días, y desde el segundo, ya tenía la condicional para ir a casa de mi abuela y a catequesis.